

jo: decíale dulces palabras, que la regala-
lada lengua, la risueña boca y el timbre
argentino de la sonora voz procuraban
hacer más expresivas. amén del brillo
de los hermosos ojos, la languidez de las
dulces miradas que daban singular reali-
dad al relato y ocasión propicia para que
Chencho diera al traste con su enojo y
se echara en brazos de su mujer; pero
se mantenía firme en su obstinado silen-
cio y se ceñía á su tozudo propósito.

Reinó un prolongado silencio, por el
cual sólo se oía el chirriar de las puer-
tas cerradas por el viento y el sonido de
la lluvia en las tejas y en las aceras.

Micaela se había leído nueve novelas
de Alvaro Carrillo y doce de Luis de Val,
aparte de «El Pan de los Pobres,» «La
Calumnia» y «El Mártir del Gólgota,»
todas cuatro de Pérez Escrich; la mucha
lectura de estos fecundos autores la ha-
cían trabucar los títulos, confundir los
autores y olvidar las narraciones, apli-
cando á Luis de Val lo que pertenecía á

Alvaro Carrillo y á Carrillo lo que á Luis
de Val; pero de Pérez Escrich recorda-
ba punto por punto los pasajes de «El
Mártir del Gólgota;» sobre todo, aque-
llas visitas nocturnas y misteriosas de
Boanerges, que cantaba sus versos de
rapsoda al pie de la ventana del Castillo
de Mágdalo, para que luego las manos
marfilinas de la gentil pecadora tendie-
ran la escala de seda y por ella ascen-
diera el trovador errabundo. . . .

La madrina de Micaela fomentaba es-
ta afición á la lectura de novelas por
entregas; pues de ellas tenía atestados
todos sus armarios y le agradaba faci-
lárselas á su ahijada para que leyera.

De pronto le dijo Micaela á Chencho,
para halagar su amor propio con ala-
barle la feliz memoria que tenía:

«Oye, Chencho, ¿te acuerdas ónde
quedé hace tré domingo cuando te leía
«La Mujer Adúltera? . . .»

—¡No!

—¡Anda, anda, no seaj remolón. . . .

¿entonces de qué te sirve esa memoria tan grandota que Dios te ha daó?...

Mientras decía así, hojeaba el tomo primero de la voluminosa obra de Pérez Escrich y con el rabillo del ojo veía el efecto que producían en Chencho sus palabras.

—¡No, ái no!... ¡má al prencipio!—indicaba Chencho.

Micaela seguía revolviendo páginas y páginas al mismo tiempo que decía: «¿Cómo se perdió la marca que puse, ora no doy con el capítulo!... ¡Sí, me acuerdo que habíamos lido muy poco...»

—¡Adioj! ¡No seaj tonta!... Lo último que me liiste jué aquella parte en que un mentáo Pedro, marío de una fúlana Tula, ejtaba celoso de un crijtiano, cuando iban á bordo de aquel buque... ¿no reflejas?... Pedro era un celoso muy bruto... ¿ejtamos?... Tula una mujer muy bonita... como toas esas muñecas de la novelas... Por cierto que el muy atontáo del marío en vé de dormir con su

mujer en la misma cama... dormía al lado... como jacen esa gente... no como nosotros lo probes que en una cama noj arrejuntamos y cabemos toós... ¿Y sabe de qué se encelo?... ¿no le atinas?... Pue de que le oyó contar al que guiaba el timón del barcote que una mujer, noche con noche, y en la oscurana, subía arriba de cubierta y frente de ella se sentaba ¿un?... ¿un?... ¡me parece que un inglés!... Y allí se ejtaban uno frente de otro como lo santo de Francia! con loj ojos tiesos y sin pestañar... El inglés fuma que te fuma... y... la otra tapáa jasta loj ojos... De ái se puso á espíar á su mujer, el hombre que dormía en un camarote con una tabla de por medio... ¿á que no sabe cómo?... Pue jaciendo un ujero con un puñal en la tabla y por ái vido á su mujer que leía una carta... ¡Verla y decir que esa carta era de alguno que quedría pegársela toó jué uno!... ¡Qué memorióñ tienej, Chencho!... ¡deveras, deverita que ansina dice!

—Y el resultáo fué que una noche, denpué que anduvo con mucha barbaridá, que él mesmo, el marío... (porque el marío andaba olfateando de la misma manera que un perro por ónde andaba su mujer y el inglés)... Una noche, como te decía al prencipio, sorprendió al bruto, al que siempre tenía la boca cerráa, al inglés... con un chicote que echó por la banda de proa del barco y por ella se jué jondeando*... ¿á que no adevina pá qué?... ¿no?... Pué á tocar un vidrió que tenía por el láo onde dormía la mujer aquella... y el marío, celoso y enfureció, cortó la piola y el inglés de mi pecaos... ¡chupulún!*... cayó al agua sin chistar siquiera...!

—Pué mirá que esa sí que jué una barbaridá muy gorda... Porque si su mujer le hubiera dáo motivo... vamos al decir... ¡santo y muy güeno!... Pero por una sente* malicia...!

—Asigun, Micáila, asigun... Porque las apariencias engañan... Carcula que

esa mujer... la de tu novela... ejtaba enamóráa del inglés... porque asina son las mujere... se enamóriscan de un hombre porque se afiguran que no é igual á loj otros crijtianos... Ejta mujer de Pedro se le cáin la naguas por el inglés... ¿á que no atinas?... Pué porque no hablaba ni una jota y fumaba mucho... Bien dice «Pajarito»: ¡Las mujere, toitas, toitas, y sálvase la que puea, están tentáas del mesmo dianchi!...

—Meno la tuya, Chencho...!

—Tú también tienes pa tu gajto cuando amanece de moña*... Micaela, que no le convenía recordar lo pasado, siguió consultando en el índice los títulos:

«Un ojo que observa y un corazón que lucha.»

—Ma pa alante... que ái jué ónde el pajguato de Pedro vió por el ujero.

«Amabilidad sospechosa» —siguió leyendo Micaela.

—Amabilidad... ¿sopechosa?... Creo que eso no lo leites—aseguró Chencho después de hacer un esfuerzo de memoria.

Micaela siguió volviendo las hojas, y al ver una doblada por su ángulo superior, exclamó orgullosa del hallazgo: ¡aquí él... ¡no te lo decía yo!... Y con voz clara y cantureo inevitable comenzó a leer lo siguiente, que Chencho oía con suma atención:

«Cuando Sir Guillermo Warton terminó su cigarro, bajó de la cofa y se fué á su camarote; Pedro abandonó el banco de popa y se fué al de su mujer.»
—¿Qué cosa será esa demonia de cofa?...

—Si tú no lo sabe que eres má feído, yo meno, que soy una bruta á la vela...

—¡Alante!

«Señá b'ba prometido dominarse hasta no estar perfectamente orientado del misterio de la carta»

—¡Ejto hombres de las novelas son

de lo má arrevesáo que ha parío madre!... Ora que la cosa ejtá aclaráa casi.... espera otra choricera pa darle de filo al mentáo inglés.... ¡Hombre, cuando má pronto, mejor, crijtiano!... —y Chencho movía negativamente la cabeza para demostrar su opinión en el caso del marido celoso.

Micaela tomó el hilo de la lectura:

«Tenía un enemigo terrible que esperaba la ocasión de lanzarse sobre su presa; este enemigo era el agujero practicado por su esposo al pie de la cama»

Chencho volvió á interrumpir la lectura, diciendo:

«Mira, tú, Micáila, que é má que bruto ejte hombre!... Yo en su pellejo tapo el ujero con papel majcáo y me zampo en la cama de mi mujer.... y sin necesidá de andar con tantos brineos y salto, ni mirar por nengun ujero ó rejendija.... le hablo clarito, como yo sé hablar cuando no tengo pelo en la len-

gua... y le saco la carta de loj entresijos.... ansina, como suena, Micáila... ¿ejtamos?»

Chencho escuchó un silbido que le era muy familiar.

—¿Oistes? —preguntó Chencho á su mujer.

—¡Sí!... ¡parece que chiflan!

—¡Ese é «Pajarito,» de juro!...

—¿Qué te quedrá mi padrino?

—¡Quién sabe!

—¡Güenas tarde, ¿qué tal la han pasáo?

—¡Por acá, bien!... ¿y osté?

—Ansina, ansina, con el reúma ejte que no me deja!...

—¡Pasa pa alante, «Pájaro,» pasa pa alante!...

—¡Gracias, Chencho!... si lo que te quiero decir é cualquier cosa!... con que vengas aquí á la puntita del corredor ejtamos al pelo!...

Salió Chencho para afuera y «Pajarito» le dijo entre alarmado y curioso: ¿Sabes la última?...

—¿Qué pasa?...

—¿A que no le atinas?...

—¡Qué el «Sapo» ejtá en la gayola!...

—¡Eso no sería cosa del otro juevel!...

¡Cuando no ejtá preso lo andan buscando!

—¡Qué Rumualda se casa!...

—¡Mucho meno, Chencho! Esa se queda Matiana *... si no se casa con tío Toño, que é un matusalén enamoráo como un cupío...

—¡Pué entonces, qué diablo suceel!...

—Acéreate má pa decértelo!... pue no quiero que naiden lo oiga!... ya sabe que las paderes tienen oídos!...

Y «Pajarito» casi á la oreja de Chencho le espetó lo que tenía que comunicarle, en momentos que Micaela, de codos sobre la ventana, dilataba el lánguido mirar de sus ojos negros sobre el espléndido panorama de la calle.

La lluvia había cesado. Las calles, inundadas, arrojan por sus declives y hoyaneos riachuelos henchi-

dos y serpeantes; por entre las dispersas nubes aparecen pedazos de cielo azul que se retratan plácidos en la tersidad de las charcas y lagunajos; los tejados, más lucientes por el remojo del aguacero, se ven coronados de zopilotes desentumeciendo sus negras alas, expaladas al rayo del sol que abrillanta el césped; penetra cual arado del oro por entre las húmedas grietas; hincha el germen; revienta el grano; y en una caricia bienhechora hace palpitar en las raíces, pulposas y mojadas, la savia que sube en ascensión jubilante por el tronco, desparrámase en estremecimientos espamódicos por las ramas, para erguir luego las hojas, colorearlas y abrillantarlas con un remozamiento encantador y alegre. La arboleda de los patios, que tembló al soplo del agitado viento y al azote de la furiosa lluvia, calló sus ruidos y rumores; y sólo se escucha en ella el sonar apacible de las gotas que palpitan y caen, escurriéndose despaciosas

por las hojas, como gotas de sudor arrancadas en lo empeñoso de la lucha con los elementos, para convertirse en fulgores diamantinos sobre las rastreas hierbas y el espigado y verdino zacate de las calles; el follaje, irisado, se mueve trémulo; una avecilla gorgoritea desplegando sus alas y esponjando el plumaje en la débil rama que tiembla; otra sale sigilosamente del nido; mira el cielo azul y canta al sol que dora el horizonte, encendiendo mil reverberaciones en las gotas rútilas del ramaje de los patios; los pájaros, guarecidos entre las frondas, en algarabía canora emprenden el vuelo; el espacio se puebla de cadencias, se tiñe de matices y se incendia de luces, y hasta la humilde campánula de la rústica cerca, se columpia mostrando el rocío de su cáliz y el tinte de su corola, coqueta por el rayo de luz que la besa y risueño por el soplo del céfiro que la saluda, y, por cima de este regocijo de la naturaleza, el arcoiris tien-

de triunfante su comba septicolora. . . .
La lluvia había cesado.

Nunca el campo más lozano ni el cielo
lo más sonriente; el césped verdea vis-
toso; los árboles se yerguen rompiendo
al toque de luz sus brotes; las hojas se
coloran tornándose de amarillentas en
glucas; las aves se alborozan cantando
al arcoíris y el ambiente se humedece
con el vaho de la tierra que respira
agradecida del súbito baño.....

En el cielo asoma el sol que muere,
dorando apenas las nubecillas que como
cendales le cercan; nubecillas ligeras y
blancas que flotan en los aires á modo
de grímpolas vencidas que piden parla-
mento después del aguacero bienhechor
y refrescante.

A Micaela se le fué dentro, muy den-
tro de su espíritu, el espejismo de aquel
paisaje: ella también sentía el júbilo
fecundante de la floresta y de la arbole-
da; en sus venas se enardecía la sangre
como la savia en los árboles húmedos; y

su seno el germen bullía cual la si-
miente oculta en las entrañas de la tie-
rra; como el pajarillo de la enramada le
daba el trino á la garganta; como él
magnaba por volar; tomar el aire y la
luz, ser libre: salir al campo, aspirar las
emanaciones del bosque, cortar las flo-
res del camino y refrescar su cabeza,
ahora llena de apretados pensamientos,
con el rociar continuo de los árboles
empapados; no atinaba con la palabra
propia y precisa para expresar aquel
sentimiento extraño, aquella emoción
nueva que en forma rara culebreaba
y agitaba todo su organismo y se re-
solvió en suspiros y lágrimas; lloró,
lloró, dulce y silenciosa; tal vez porque
la simiente bullía con misteriosos movi-
mientos dentro de su ser; quizás porque
la flor lozana de su juventud, opulenta
y preciada, anunciaba el fruto de unos
amores sencillos y rústicos; acaso por-
que la savia de la vida engendraba en
aquella carne moza, ávida de reprodu-

cirse para cumplir con el augusto precepto de la naturaleza y celebrar y cantar, al par que todo lo que rodeaba a Micaela, el himno de la vida y la perpetuación de la especie....

—¡E claro, «Pájaro,» hago de cuenta que te pasa como á los pollito.... que una vé que salen del cajcarón no saben quién é su padre.... mientra que la gallina los mete debajo del ala y los defiende con el pico....

—¡Güeno; déjate de afiguracione que á náa conducen y dime tu parecer.... Yo consultaría á mi paduino; pero é el caso que el probe se jué cayendo de un andamio en Veracrú y ya está debajo de tierra....

—¡No me igash!....

—¡Que Dioj lo tenga en su santo reino!

—Golviendo á tu asunto—exclamó Chencho después de reflexionar un rato y de rasgarse repetidas veces el cogote:— ¡Pué há lo que te parejea!....

—¡Asunto arregláo.... digo, h... voy á arreglarlo, y pa el caso, veré á D. José.... Pero la verdá, Chencho, se me jace duro tomar una resolución ansina ná má.... y tóo por la gente!....

—¿Y qué dirá D. José que é tan deliciao?....

—¡La gente!... La gente!... Y ora salimos con la gente!.... ¡Qué te importa el mundo entero!.... ¡En tu caso se echa uno tóo pa la ejpalda y pa lante y el que venga atrás que arré!....

—Me voy.... Má tardeablaremos largo y parejo de este negocio.... yo quería darte la noticia....

—¡Que te vaya bien, «Pájaro» y no te me voltés cuando te caíga la de güena!»

«Pajarito» se sonrió por la advertencia de Chencho; despidióse de él cariñosamente, como cuando se huían de la escuela, y le gritó á Micaela á manera de despedida:

—«Adioj, ahijáa.... ¿Cuándo viene ese pelón!.... ¡Ostede andan muy dejpacito!....

¡Un año de matrimonio y ni siquiera una chancleta!*.....

—«¡A que mi padrino!—contestó Mi caela, sonrojándose y envolviendo con una mirada cariñosa, en que había la promesa de cumplir el deseo del padrino á Chencho que reía á más y mejor para celebrar la ocurrencia de «Pajarito.»



XXI

PARA Sátrapa era cosa averiguada lo de la entrevista del Licenciado con el cura.

Sabía el punto y la hora en que ambos, en la soledad de la biblioteca, se despacharon á su gusto, departiendo amigablemente acerca del supuesto hijo de Illescas, de la intervención de éste en el asunto, y de la promesa del Licenciado de traer al advenedizo á la Villa de las Granadas; todo contado á hilo por el husmeador del rapavelas.

A Sátrapa no se le daba un ardite que el cura atara y desatara cabos en estos particulares; pues confiaba, muy á pie juntillas, que á la postre se enredarían tantas y tan largas averiguaciones en los armadijos de la táctica con que con-